

Diálogo sobre el gobierno de Florencia

FRANCESCO GUICCIARDINI,

*Edición, traducción y notas de
Antonio Hermosa Andújar
Madrid, Akal, 2017.*



Sale por fin a la luz la primera edición en castellano del ensayo del historiador, jurista y político italiano Francesco Guicciardini *Diálogo sobre el gobierno de Florencia*, pequeña obra maestra del republicanismo cívico renacentista. Dividida en dos libros a los que precede un proemio y concebida a la manera de los diálogos platónicos, en Guicciardini se observa no obstante el inicio de aquello sobre lo que Leo Strauss llamó la atención hace algún tiempo, a saber: el desplazamiento de la *filosofía* política por la *historia* de la filosofía política. Sin embargo, es sólo el inicio porque el objetivo del diálogo es claro: cómo erigir en Florencia un gobierno recto, bien instituido y libre. Por tanto, las reflexiones de

Guicciardini no constituyen simplemente una visión de los errores y aciertos más o menos destacados de las distintas formas de gobierno que se ensayaron en el pasado o que pueden encontrarse en el siglo XVI, sino una verdadera doctrina política que afirma ser verdadera en virtud de la experiencia y de un conocimiento profundo de la historia.

El elemento central de la ciencia política de Guicciardini radica en la experiencia y la acción, *il modo vero dello imparare*. Sin embargo, la experiencia desborda el reducido ámbito personal desde el momento en que es auxiliada por la historia. La experiencia permite constatar que lo que ha sucedido en el pasado sucederá en el presente y, con casi total seguridad, en el futuro. Los acontecimientos políticos se producen y reproducen en la correa de transmisión de la historia y es tarea del buen político identificarlos, señalarlos, obtener de ellos lo que sea de provecho y rechazar como espurio lo que ha dado lugar a anomalías en la estructura interna de la polis. La experiencia, atenuante o contrapartida del saber filosófico, es episteme en Guicciardini. La episteme es aquello que se pone sobre algo y que, por lo tanto, lleva en sí mismo la fuerza para hacerse valer sobre cualquier otro discurso. A diferencia de la ambigüedad que circunda a la *doxa* (en donde la verdad, o es silenciada o rotundamente negada), la verdad de la experiencia se coloca en Guicciardini por encima de cualquier otro discurso. Obrar rectamente en términos políticos equivale a “discernir con su juicio quien considere en detalle cada situación” (p. 139). Y es que la experiencia, como la intuición en Kant, debe ir siempre de la mano de la razón. De lo contrario, ni tiene alcance ni validez universal. En todo caso la tesis epistemológica de Guicciardini es clara: el conocimiento político empieza con la experiencia y se funda en ella.

El diálogo, ágil y dinámico, gira en torno a cuatro personajes –Bernardo del Nero, alter ego de un Guicciardini que oscila entre la defensa de la política medicea del primer libro y la erudición republicana del segundo, Pagolantonio Solderini, único confaloniero vitalicio en la historia de Florencia, Piero Guicciardini, que presentará, con matices y sin referirse a él explícitamente, algunas tesis de Maquiavelo, y Piero Capponi, paladín de un republicanismo de corte aristocrático–, y se sitúa no por casualidad en 1494: este es el año en el Piero II de Médici sella su alianza con Carlos VIII, decisión que promoverá la animadversión hacia el príncipe, provocará su huida a Bolonia y terminará por reinstaurar el régimen republicano bajo la influencia del líder de los *popolari*, el dominico Girolamo Savonarola.

La pregunta que Guicciardini trata de responder a lo largo del diálogo es la siguiente: ¿cuál es el Estado que mejor conviene a Florencia? Si escuchamos a los filósofos y, en concreto, a Marsilio Ficino (de quien del Nero dice con ironía corrosiva que “en alguna ocasión aprendí algo [de él]” p. 124), Guicciardini explica que de las tres formas de gobierno que conocemos –de uno, de pocos y de muchos– el mejor de todos es el de uno, el intermedio el de pocos y el menos bueno el de muchos. Ahora bien, al dejar de lado las disquisiciones filosóficas y tomar como guía a la experiencia, Guicciardini extrae una serie de conclusiones de corte consecuencialista: el buen gobierno se mide por los efectos que provoca, i.e., por sus resultados, no

tanto por sus máximas. “Así pues, sólo queda el gobierno popular, el cual, siendo propio y natural, cabe esperar que se ordene en modo recto, máxime cuando con todas las oligarquías y tiranías que ha tenido en el pasado esta ciudad, nunca se extinguió el que suele ser el fundamento de la libertad, más aún, se conservó tal cual si hubiera permanecido siempre libre: y eso es la igualdad de los ciudadanos, que es el suelo en verdad apropiado para recibir la libertad” (p. 177). No obstante, Guicciardini es de la opinión de que no es suficiente con haber instituido un gobierno libre: ha de asegurarse que el gobierno esté ordenado correctamente, para lo que se hace necesario un Gran Consejo, fundamento y alma del gobierno popular. Como señala en el prólogo Antonio Hermosa, la clave estriba en “estructurar la ingeniería institucional de un orden que debe contar con una Señoría, un confaloniero, un consejo mayoritario junto a otros consejos menores, etc., es decir, en fijar el número de órganos, su composición, organización y procedimientos de selección y decisión; y en determinar las relaciones entre ellos, tanto como la duración del mandato de quienes los ejercen” (p. 20). Parece, por tanto, que lo que Guicciardini tiene en mente es la construcción ideal de una república cimentada sobre una jerarquía racional en la que el mérito de los notables debe quedar no sólo reconocido, sino y sobre todo asegurado. Ahora bien, el mejor gobierno para Guicciardini no tiene a la oligarquía hereditaria de los optimates como arquetipo y espejo: es una suerte de elite republicana la que debe velar por la igualdad y la libertad, auténtico eje central de todo buen gobierno. “Que sean elegidos los de mayores méritos” (p. 204), afirma Guicciardini. Ahora bien, no puede haber igualdad y libertad si el pueblo no gestiona los asuntos públicos, pero tampoco si gobierna de forma inapropiada. El pensador florentino considera que, así como no hay que poner la salud del enfermo en manos del médico inexperto, no cabe dejar la deliberación de los asuntos importantes al pueblo. Porque al igual que el *ochlós* o la *turba* de los antiguos, el pueblo está constituido por una masa informe y desordenada incapaz, sino cuenta con sólidos contrapesos, de articular un gobierno razonable, eficiente y duradero.

La proyectada república ideal que Guicciardini desarrolla fundamentalmente en el libro segundo choca, de algún modo, con la defensa del régimen tiránico de los Médicis del libro primero. En todo caso, hay vasos comunicantes entre uno y otro. Quizá la defensa de la política exterior del libro segundo sea la mejor prueba de ello. “Todos los Estados, observados en su origen, son violentos” (p. 256). Por ello, si las circunstancias son propicias y el momento lo requiere, se debe aumentar el dominio sobre tierras y gentes. Y es que Guicciardini destruye prácticamente la base moral del poder político al afirmar que por cuestiones estratégicas el Estado puede valerse de la crueldad y la poca conciencia, llegando a recomendar *ferro e veleno* si la situación lo requiere. Ello, sin embargo, no resta alcance a su análisis, si no

que muestra, por una parte, el pesimismo ético y el escepticismo antropológico de Guicciardini; por otra, su agudo instinto psicológico en la medida en que es capaz de sacar a la luz la tendencia expansiva y las pulsiones instintivas que palpitan en toda forma de gobierno.

La edición castellana de la obra de Guicciardini, docta, rigurosa y precisa, resulta de sumo interés para quien trata de orientarse en la arena (movidiza) política hodierna. Del mismo modo que la música antigua vive en la actualidad un momento de esplendor gracias al esfuerzo de Jordi Savall, John Eliot Gardiner o Ramón Andrés, pero sobre todo al interés que ha despertado entre el alumnado de los conservatorios nacionales e internacionales, cabe esperar que clásicos del pensamiento político como el *Diálogo* de Guicciardini gocen de parecida repercusión impulsados, si no por las distintas cátedras de Pensamiento Político a uno y otro lado del Atlántico, sí al menos por estudiantes y alumnos que cada vez más exigen recursos bibliográficos diferentes para abordar los problemas políticos de siempre.

VICENTE ORDÓÑEZ ROIG
Univesitat Jaume I